

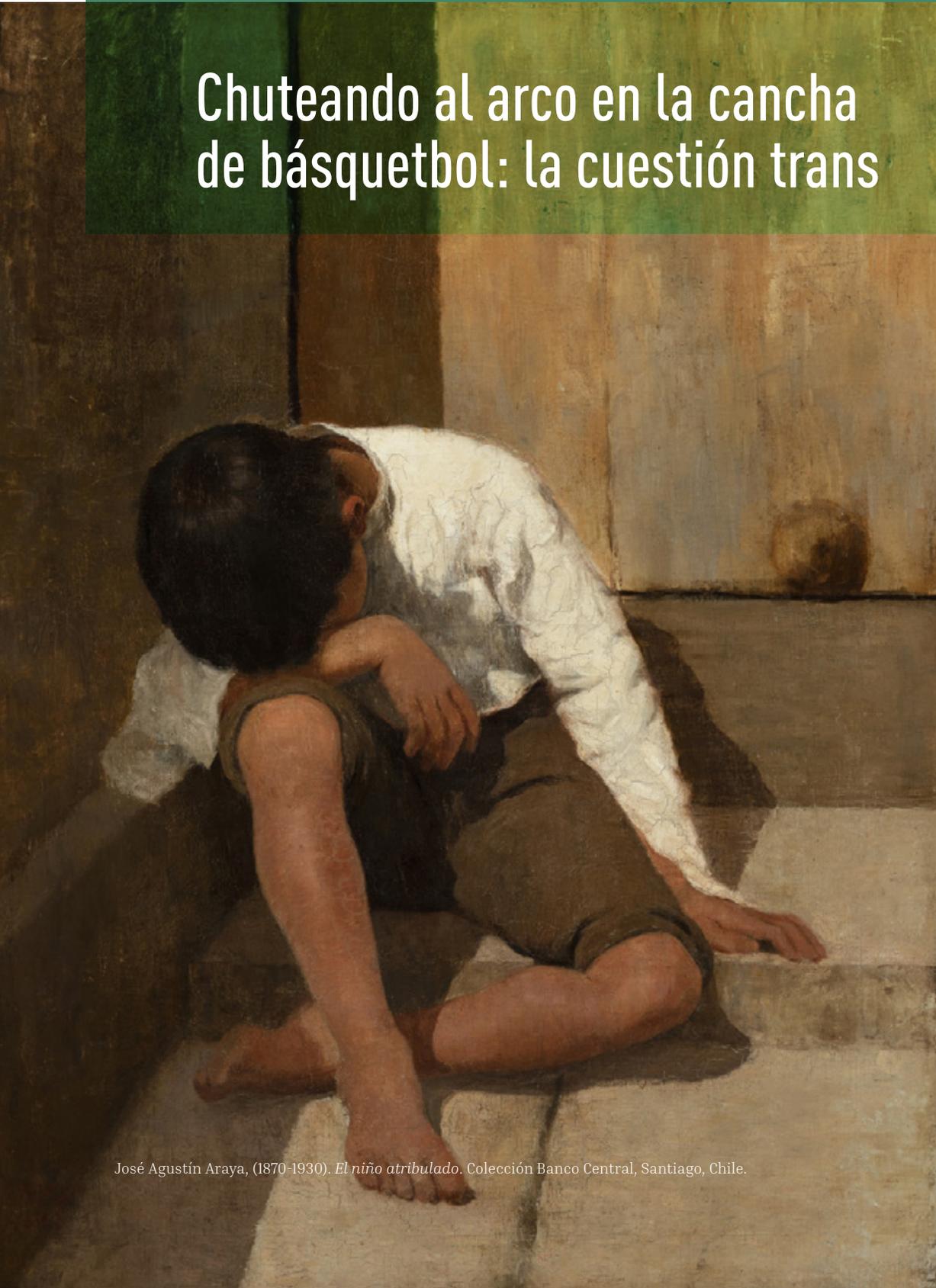


JAVIERA  
CORVALÁN



CRISTIÁN  
RODRÍGUEZ

# Chuteando al arco en la cancha de básquetbol: la cuestión trans



José Agustín Araya, (1870-1930). *El niño atribulado*. Colección Banco Central, Santiago, Chile.

JAVIERA CORVALÁN  
 Coordinadora de vocación pública, IdeaPaís

CRISTIÁN RODRÍGUEZ  
 Doctor en Psicología Científica. Académico Universidad de los Andes

No ha dejado a nadie indiferente que el Ministerio de Salud reconociera en agosto pasado que son, a lo menos, 600<sup>1</sup> los casos de niños y adolescentes chilenos sometidos en los últimos dos años a hormonizaciones para bloqueo puberal y posterior tratamiento de hormonas cruzadas. Todo esto, en el contexto de la discusión generada por la última entrega que se hiciera en marzo del Informe Cass, elaborado por encargo del Servicio Nacional de Salud de Reino Unido (NHS, por sus siglas en inglés). Tampoco pasaron desapercibidos la investigación de la periodista chilena Sabine Drysdale, publicada por Radio Biobío en mayo; ni el estudio que elaborara paralelamente el investigador chileno Nicolás Raveau<sup>2</sup>; ni los testimonios de padres de “niños trans” que, poco después, fueran difundidos por *Informe Especial*<sup>3</sup>.

Todos estos elementos han vuelto a poner sobre la mesa la “cuestión trans” y, más en particular, el llamativo fenómeno de la “infancia trans”. Cualquier observador atento podrá haberse dado cuenta de que no ha sido un debate pacífico, sino más bien uno que tiende a sonar como un conjunto

de vociferaciones. Se vuelve cada vez más difícil pronunciarse sobre el tema sin gatillar reacciones viscerales, lo que entorpece la deliberación pública sobre el asunto. En efecto, ante las acusaciones de “mutilación genital de niños de tres años”, por una parte, y la denuncia de “negar la existencia a los trans” o “violar el derecho humano a la propia identidad”, por otra, se hace casi imposible confrontar argumentos de modo honesto y hermenéuticamente caritativo.

Con este escenario a la vista, este ensayo se propone describir algunas deficiencias de la deliberación pública reciente acerca de “la cuestión trans”. Sugerimos que no solo hay un problema político o epistemológico en no poder sostener un debate serio, sino directamente un problema ético. En particular, intentaremos mostrar que se trata de un debate *confuso* y a veces *ficticio*; ambas, características de la discusión que dan cuenta de los bajos estándares de honestidad intelectual que se han exigido para una conversación tan importante como esta. Finalmente, nos plegamos a la pregunta que se hace Bérénice Levet: “¿qué filosofía oponer al Género?”<sup>4</sup>

1 Esta cifra ha quedado seriamente en entredicho a raíz de los nuevos datos recabados hasta la fecha por la Comisión Investigadora n° 57, que fue constituida el 6 de agosto de 2024 en la Cámara de Diputados, con el fin de reunir antecedentes sobre los actos del Gobierno relacionados con los planes y programas de acompañamiento para personas cuya identidad de género no coincida con su nombre y sexo registral.

2 Raveau, Nicolás. *Problemáticas de salud y acompañamiento social "género-afirmativo" orientado a menores de edad: conceptos, prácticas y alternativas* (Academia.edu: Modelo Afirmativo en Chile, 2024).

3 Programa emitido el 8 de agosto de 2024 (TVN).

4 La autora usa esta expresión (“Género” con mayúscula) para distinguirla de las teorías de género en términos amplios. Ella no se opone, en bloque, a algo así como una “ideología de género”, sino a “una variante específica de la teoría de género, (...) en que ser hombre o mujer se vuelve algo indiferente o intercambiable”. Véase Levet, Bérénice. *Teoría de Género o el mundo soñado de los ángeles*. Prólogo a la edición chilena de Gabriela Caviedes y Manfred Svensson (Santiago: Instituto de Estudios de la Sociedad, 2018), 9.

## 1. Retrato de un debate confuso: la transposición de planos<sup>5</sup>

Hace algunos meses, la historiadora Magdalena Merbilháa y la abogada Valeria Cárcamo debatieron sobre este tema en el programa de televisión “Sin Filtros”<sup>6</sup>. La panelista del Frente Amplio, una vez interrogada acerca de cómo definiría ella la palabra “mujer”, respondió: “Desde la dimensión de la identidad de género, en la cual yo creo, una mujer es alguien que se identifica como mujer, independientemente de su sexo biológico. Entonces, hay algo que me preocupa: alguien que me [dice] que esto no está aprobado por la ciencia. ¿Ustedes creen que todo el avance filosófico, sociológico, que hoy en día existe, incluso para explicar la democracia, no es válido? Yo me baso en estudios. Por ejemplo, en Judith Butler, en Simone de Beauvoir”.

La discutible intervención de Cárcamo fue confrontada luego por la historiadora de un modo que, a nuestro entender, no le hizo justicia al planteamiento de su contraparte: “El sentimiento yo lo respeto, yo lo valoro. Pero, biológicamente, un hombre que se siente mujer, después de los 60 años, se tiene que hacer un examen a la próstata sí o sí. Y eso lo determina la biología, les guste o no. Y este lápiz, que está aquí, yo lo voy a soltar y se va a caer. Porque efectivamente [existe] la ley de gravitación universal, aunque sea antigua. Newton lo vio. Esto es simple: hay una fuerza que atrae a las cosas, que es proporcional a la masa e inversamente proporcional al cuadrado de las distancias. Si alguien, ideológicamente, decide que es una ley

antigua y que hay que abolirla, da exactamente lo mismo: [este lápiz igual] se va a caer”.

Ciertamente, no podemos exigirle a un programa de televisión la rigurosidad de una *quaestio disputata*, pero al menos uno esperaría que los argumentos se pongan frente a frente, identificando puntos comunes y desacuerdos fundamentales. Un telespectador atento podría darse cuenta de que, en realidad, no hay contradicción entre los dos argumentos: la determinación biológica del sexo, y todas las consecuencias que pueda traer, no excluye lógicamente el sentirse del sexo contrario. Es más: es muy probable que Cárcamo no niegue que un transexual se debería preocupar más del cáncer de próstata que del cáncer mamario. Lo que Merbilháa arguye, segura de tener una contundencia que destruye a su contraparte, en realidad pasa por alto uno de los puntos centrales de este debate: de qué manera se vincula la realidad biológica con la identidad sexogenérica.

Los argumentos biológicos —pasando por alto el fascinante problema epistemológico de equiparar la física newtoniana con la anatomía humana— están en un espacio argumental distinto que los normativos planteados por los “avances filosóficos, sociológicos” mencionados por Cárcamo. Hablamos de distintos estatutos epistemológicos, es decir, de argumentos con condiciones de validez radicalmente diversas, que redundan en formas diferentes de pensar y argumentar. Se confunden, en otras palabras, los alcances y campos de estudio de las disciplinas que aportan los “insumos” para los razonamientos de lado y lado. Parece existir, en términos simples, una permanente confusión de *planos* de la discusión, que imposibilita el real entendimiento entre interlocutores. Queda en el olvido, en fin, que la sola alusión a la ciencia no constituye un contraargumento eficaz a toda prueba, puesto que pasa por alto las necesarias distinciones entre niveles discursivos<sup>7</sup>.

5 Un elemento que agrega una cuota extra de confusión a este debate es la brecha que existe entre la academia *queer* y un activismo que, aunque reclama también para sí el calificativo de *queer*, muchas veces no logra una coherencia entre su discurso político y los postulados filosóficos que dice suscribir. Tener presente esta consideración es relevante para comprender el modo, a primera vista errático, en que este ensayo se aboca a su cometido. Efectivamente, si bien en algunos momentos criticaremos el modo —epistemológicamente confuso, según mostraremos— en que son confrontados los argumentos de esta filosofía, en otros criticaremos el modo en que dicha confusión atraviesa las discusiones entre activistas. Algunos ejemplos que ilustran las contradicciones entre academia y activismo pueden encontrarse en las notas al pie n° 12 y 13.

6 Programa emitido el 27 de junio de 2024 (Canal *Vive*, YouTube).

7 El filósofo canadiense Nathan Ballantyne ofrece una interesante exploración filosófica en relación con la transgresión epistémica. Ballantyne, N. (2019). Epistemic trespassing. *Mind*, 128(510), 367-395.

Lo que, nos parece, está en el centro del problema es que cuando algunas voces de ciertas derechas, liberal y liberal-conservadora, intentan cuestionar conceptos utilizados por la izquierda progresista (como el de “identidad de género”) suelen pasar por alto el modo en que este tipo de progresismo se aproxima a las ciencias exactas y a los fenómenos: al provenir de una matriz posmoderna, existe en él una actitud de sospecha generalizada ante las pretensiones de objetividad, incluso por parte de las ciencias biológicas. El argumento dice que, a raíz del hecho de que la ciencia se ha desarrollado fundamentalmente por comunidades *cisgénero*<sup>8</sup> —además de ser predominantemente masculinas, blancas, europeas, cristianas y de clase alta—, hay aspectos importantes que han quedado olvidados, deformados o sencillamente negados. Entre ellos, la diversidad de conocimientos, perspectivas y, en último término, de ontologías que deben reconocerse. Así, afirmar la supremacía de un solo método científico, capaz de examinar y determinar la realidad, no sería otra cosa que una imposición arbitraria y violenta de unos por sobre otros<sup>9</sup>.

De la mano de autores canónicos del posmodernismo como Foucault y Derrida, pero también de filósofos de la ciencia como Quine o Feyerabend, muchos académicos y activistas adhieren a la idea de que la ciencia por sí misma no puede proveer nociones sobre la diferencia sexual, que es socialmente construida. Es más, hablar de cromosomas, gametos, u hormonas “femeninas” o “masculinas”, no es sino una proyección de los estereotipos y roles sexistas imbricados en las sociedades en las que se desarrolló la ciencia<sup>10</sup>. La argumentación

de Merbilhaá, entonces, no hace ninguna mella en quienes sostienen esta visión, sino que incluso refuerzan su profunda convicción de que las “verdades biológicas” no son más que instrumentos de opresión biopolítica. Esta posición, que ciertamente tiene muchísimos flancos de crítica<sup>11</sup>, suele poner en duda la objetividad científica, especialmente en los casos en que esta última parece en tensión con ciertos derechos individuales.

Así, el debate relativo a la identidad de género no se puede resolver sin más golpeando la mesa con el manual de biología. Cuando hacemos eso, sencillamente no estamos dando con el punto en discusión, pues estamos chuteando al arco en una cancha de básquetbol. Por otra parte, es verdad que el desacuerdo sobre el trasfondo epistemológico de los conocimientos científicos es un asunto que escapa a la mayoría de quienes intervienen en uno u otro lado del debate. Pero lo importante, a nuestro juicio, dice relación con la capacidad de argumentar teniendo una noción, al menos general, de que la aproximación *queer* a estos asuntos descansa sobre supuestos que minan los fundamentos de la racionalidad occidental, tanto clásica como moderna, y, por lo tanto, también la racionalidad científica.

Lo anterior, afortunadamente, no quita que haya niveles de discusión donde sí puede darse la deliberación de manera razonable, incluso aunque no se expliciten todas las distinciones que hemos venido haciendo. Así, en una discusión estrictamente técnica, se pueden ofrecer razones para valorar positiva o negativamente los estudios referidos por el informe Cass, por ejemplo; o bien para argumentar si es que sus conclusiones son o no aplicables a nuestro contexto nacional. Y en sede legislativa, bien puede discutirse sobre la legalidad

8 Es decir, constituidas por personas no-transgénero.

9 Véase, por ejemplo, Cipolla, C., Gupta, K., Rubin, D. A., & Willey, A. (Eds.). (2017). *Queer feminist science studies: A reader*. University of Washington Press. El artículo de Elizabeth Anderson *Feminist Epistemology and Philosophy of Science*, en la Stanford Encyclopedia of Philosophy, desarrolla de manera introductoria pero profunda de qué manera las visiones posmodernas, y particularmente feministas, comprenden las ciencias. <https://plato.stanford.edu/entries/feminism-epistemology/>

10 Véase al respecto el análisis en Martin, E. (1991). The egg and the sperm: How science has constructed a romance based on stereotypical male-female roles. *Signs: journal of women in culture and*

*society*, 16(3), 485-501.

11 La filósofa inglesa Susan Haack ofrece una aproximación crítica interesante (p. ej., *Defending Science – Within Reason: Between Scientism and Cynicism, Manifesto of a Passionate Moderate: Unfashionable Essays*). Una recolección crítica de las visiones feministas y *queer* de la ciencia puede encontrarse en Pinnick, C. L., Koertge, N., & Almeder, R. F. (Eds.). (2003). *Scrutinizing feminist epistemology: An examination of gender in science*. Rutgers University Press.

o ilegalidad de un programa de salud dirigido a la población trans; o sobre la protección o vulneración de ciertos bienes jurídicos a raíz de dicho programa; o sobre su coherencia o incoherencia con el resto del ordenamiento jurídico.

## 2. Retrato de un debate ficticio: los monos de paja

Hay otros modos semejantes de argumentar en contra del Género que, a veces precisamente a raíz de la falencia anteriormente descrita, hacen de esta una conversación ficticia: la construcción de monos de paja, la caricatura, la fabricación de un adversario “a medida”, lo suficientemente rústico como para que su confrontación resulte sencilla y su destrucción, estruendosa. Se entiende que, al estar en juego vidas de personas de carne y hueso, el sentido de urgencia impulsa a actuar con ímpetu. El problema es que eso puede inducirnos a acortar el camino a la hora de argumentar. Estos caminos cortos, queremos mostrar, precisamente por no ser del todo honestos intelectualmente, corren el riesgo de estar destinados al fracaso.

Frente a la idea de que “el sexo es asignado al nacer” (expresión repetida hasta hace poco<sup>12</sup> por el transactivismo chileno), se han levantado algunas

12 Hasta 2020 (dos años después de la aprobación de la Ley de Identidad de Género), fue esa la expresión utilizada por los activistas chilenos. Hoy, en cambio, la mayoría de ellos señala que lo que se asigna al nacer no es el *sexo*, sino el *género*. Se trata de un giro retórico posible de constatar en los sitios web y redes sociales de organizaciones como Fundación Iguales, Movilh, Fundación Giralunas (ex Fundación Selenna) y Organizando Trans Diversidades (OTD), entre otras. En realidad, lo más consistente con la filosofía *queer* de Judith Butler (cuyas teorías estas organizaciones dicen reivindicar) sería sostener, como hicieron hasta 2020, que no solo el género, sino también el sexo, es asignado al nacer. Esto, porque, según Butler, el sexo “quizás siempre fue género” (Butler, Judith. *El Género en disputa* (trad. Ma. Antonia Muñoz). Paidós, Barcelona p. 55). De hecho, limitar la acusación de “asignación arbitraria” solo al género, como ha hecho este activismo en los últimos cuatro años, es mucho más consistente con la teoría feminista de Simone de Beauvoir que con la teoría de Género de Judith Butler. En efecto, Simone de Beauvoir, si bien nunca utilizó expresamente la palabra “género”, sí trazó la distinción entre la “mujer nacida”, por una parte, y la “mujer femenina” que llega a ser tal a causa de la sociedad, por otra. Es en este sentido en que ha de ser comprendida su famosa afirmación: “No se nace mujer, se llega a serlo”. (Simone de Beauvoir, *El Segundo Sexo*. Volumen I: Los Mitos y los Hechos (trad. Alicia Martorell), Editorial Cátedra, Barcelona, 2000, p. 245).

voces en contrario que argumentan de un modo parecido al siguiente: *no es verdad que el sexo se asigne al nacer, porque no es verdad que los médicos y científicos fabriquen las gónadas de los recién nacidos; ninguna matrona u obstetra decide arbitrariamente qué sexo se asignará, ni mucho menos se forja una genitalidad para este bebé. Sin embargo, tal forma de objetar la afirmación “el sexo es asignado al nacer” pasa por alto lo que la contraparte realmente está queriendo decir. De este modo, se está intentando una refutación en una dirección hacia donde nunca se ha ubicado realmente el desacuerdo: se está errando en la detección del punto de disenso.*

En efecto, ni los activistas ni los filósofos del Género sostienen que el cuerpo del recién nacido, o alguna porción de ese cuerpo, sea manualmente fabricado por el equipo médico. Lo que aquellos les imputan a estos es suscribir acriticamente un lenguaje médico que, so pretexto de “asépticamente científico”, impone de contrabando unos presupuestos filosóficos que merecen ser transparentados y sometidos a crítica. Así, por ejemplo, cuando en anatomía hablamos de “genitales”, estamos suponiendo una cierta finalidad en dichos órganos: un *telos procreativo* que algunos pensadores posmodernos no están dispuestos a conceder. Cuando la ciencia, se critica desde las teorías *queer*, habla de genitales “masculinos” y “femeninos”<sup>13</sup>, está sosteniendo solapadamente la finalidad específica de *cada* genital dentro de un cuestionable *binarismo* entre machos y hembras: cada uno de esos dos genitales estaría hecho *para el otro*. Así, en último término, lo que a primera vista podría parecer una descripción neutral de la genitalidad humana está, en realidad, impregnada de una *heteronormatividad*<sup>14</sup> de la cual Butler y otros posmodernos mantienen absoluta distancia.

13 Los teóricos de la filosofía *queer* no solo cuestionan los términos “genitales masculinos” y “genitales femeninos”, sino también los términos “genitales de macho” y “genitales de hembra”. Este último lenguaje, sin embargo, está muy presente entre las organizaciones activistas chilenas. Estamos frente a un fenómeno parecido al descrito en la nota al pie n° 12.

14 Cf. Butler, *op. cit.* pp. 222-230

Solo con el antecedente anterior a la vista se vuelve inteligible la expresión *queer* “el sexo es asignado al nacer”. Por cierto, considerar una proposición como inteligible no es lo mismo que considerarla como verdadera. Pero inteligirla adecuadamente, comprender en su mérito lo que está queriendo decir, es un primer paso ineludible para formarse un juicio sobre su verdad o falsedad. Sin embargo, se trata de un primer paso que, en los hechos, suele ser eludido por la argumentación liberal-conservadora en sus intentos de confrontar intelectual y políticamente la “causa trans”.

Cabe reconocer que la teoría *queer* hace para estos efectos una observación de máxima relevancia, con la que no podemos sino concordar: el lenguaje científico no está exento de valores. No es un lenguaje neutro, porque ningún lenguaje puede serlo<sup>15</sup>. Esto aplica para todos los participantes del “debate trans”, pues es común apelar a la sola “autoridad de la ciencia” para dar por zanjadas discusiones antropológicas que distan de estarlo. Un ejemplo de ello podemos encontrarlo en el video<sup>16</sup> que hace seis meses publicara en sus redes sociales el Colegio Médico de Chile (Colmed), para apoyar la idea de que entre las llamadas disidencias sexuales no solo existen adultos, sino también niños.

En dicho video, los voceros del Colmed, so pretexto de hacer “afirmaciones médicas”, promueven explícitamente un cierto modo de comprender la sexualidad humana y la infancia. El problema no es, por cierto, que estas personas suscriban una determinada antropología: todos suscribimos alguna. El problema es que hagan pasar esa antropología como una verdad incuestionable, amparados en la excusa de estar ofreciendo razones impolutamente “médicas” o “científicas”. En efecto,

“¿Qué tienen en común la reacción de algunas voces conservadoras frente a la expresión, “sexo asignado al nacer”, y la reacción de algunas voces progresistas frente a los críticos del Colmed? Entre otras cosas, que, por la vía de caricaturizar lo sostenido por el adversario político, pierden la oportunidad de hacerse mutuamente preguntas relevantes, que harían de esta una mejor conversación”.

15 Ciertamente, afirmar la imposibilidad de un lenguaje neutro no es patrimonio exclusivo de las teorías *queer*. Lo que subyace en la base de este asunto es la pregunta sobre si es posible o no la distinción radical entre *hecho* y *valor*, tema que ha sido abordado también por la tradición de la filosofía analítica (Hilary Putnam, Elizabeth Anscombe), de la filosofía de las ciencias (Pierre Duhem, W.V. O. Quine, Thomas S. Kuhn), y de la hermenéutica (Hans Georg Gadamer, Hans Blumenberg).

16 Emitido el 28 de junio de 2024 (Canal *ColmedChile*, YouTube).

quienes aparecen en la grabación no hablan en cuanto personas naturales, o en cuanto ciudadanos chilenos, sino en cuanto médicos. Así, desde esa posición de autoridad en que los sitúa su disciplina y su colegiatura, procuran imponer como hechos incuestionables, por ejemplo, que “la *identidad de género* comienza a formarse a los 3 años de edad”<sup>17</sup>, que “los niños y adolescentes necesitan *modelos de adultos LGBTIQA+*”<sup>18</sup>, que la atención de salud para personas trans debe brindarse “desde un *enfoque de derechos humanos*”<sup>19</sup> y sin “patologizar”<sup>20</sup>.

Ninguna de las expresiones y términos recién referidos es filosóficamente neutral (ni podría serlo, según ya hemos dicho): ni el concepto de “identidad de género”, ni la idea según la cual las disidencias sexuales pueden constituir “modelos” a seguir por parte de los niños, ni el contenido al que suele referirse el llamado “enfoque de derechos humanos”, ni la interpelación a “no patologizar” la disforia de género. Luego de algunas reacciones contrarias al Colmed, surgidas en redes sociales, los defensores del video acusaron a sus críticos de “ignorar los nuevos descubrimientos de la medicina y de la ciencia”. La existencia, por ejemplo, de la identidad de género (y un particular modo de comprenderla) estaría “científicamente comprobada”, decían.

El hombre de paja construido en esa oportunidad puede resumirse del siguiente modo: “si suscribes el video del Colmed, estás dispuesto a valorar los avances de la medicina y de la ciencia; si lo criticas, eres anticientífico y necesitas ser educado por médicos que saben más que tú”. En esta ocasión, entonces, algunos blogueros del progresismo parecieron caer en la misma retórica “cientificista” que legítimamente habían criticado en sus adversarios políticos en otras oportunidades. Así las cosas, tendieron los dos muros discursivos mencionados en este ensayo: primero, confundie-

ron planos, al modo en que intentamos describir en el primer apartado; y segundo, caricaturizaron a su contraparte, al modo en que intentamos retratar en esta segunda sección.

¿Qué tienen en común la reacción de algunas voces conservadoras frente a la expresión “sexo asignado al nacer” y la reacción de algunas voces progresistas frente a los críticos del Colmed? Entre otras cosas, que, por la vía de caricaturizar lo sostenido por el adversario político, pierden la oportunidad de hacerse mutuamente preguntas relevantes, que harían de esta una mejor conversación.

### La invitación: explicitar para conversar

Hemos visto que el tipo de medidas políticas que se siguen de la teoría de Género, sobre todo en su versión *queer*, tienen a la base una filosofía y antropología que no pueden ser soslayadas por quienes cuestionamos tales implicancias prácticas; entre ellas, los tratamientos psicológica y corporalmente afirmativos para tratar la disforia de género. Que los detractores de estas terapias nos limitemos a argumentar, por ejemplo, que el bloqueo puberal puede producir osteoporosis o infertilidad, es insuficiente<sup>21</sup>: no se puede considerar como la última palabra al respecto. En efecto, ¿qué sucederá, por ejemplo, cuando la técnica logre intervenciones hormonales o quirúrgicas capaces de soslayar ese tipo de efectos secundarios? En otras palabras, el Informe Cass no puede ser la respuesta ante el Género. Es un informe que el día de mañana podría ser refutado<sup>22</sup>.

21 Sin duda, son consideraciones importantes y que han de ser tenidas a la vista en la deliberación pública: son hechos necesarios de ser dichos. El punto es que, nos parece, no son del todo suficientes, por no atender el fondo del problema en disputa. No pueden agotar la argumentación, sino solo constituirla en una de sus aristas.

22 Esto no puede ir en desmedro, sin embargo, de que haya un espacio de discusión bien delimitado en términos de políticas públicas de salud y su base evidenciaría. Si vemos que no hay evidencia suficiente para sostener que la terapia hormonal cruzada no presenta riesgos, entonces debemos oponernos a ella, con independencia de las posiciones antropológicas de fondo. Lo mismo deberíamos hacer si fuesen terapias de implantes neurales para combatir la pérdida de audición o tratamientos hormonales de aceleración del crecimiento.

17 *Ibid.*, 0:06.

18 *Ibid.*, 0:45.

19 *Ibid.*, 1:20.

20 *Ibid.*, 0:58.

“Es desde las distintas visiones filosóficas y antropológicas, y no solo ni principalmente desde las ciencias exactas, de donde se siguen los distintos criterios de moralidad y florecimiento humano”.

Así las cosas, esta reflexión ha sido un esfuerzo por mostrar que lo más ético (e, incluso, lo más eficaz), en la deliberación pública sobre la cuestión trans, es explicitar sobre qué premisas filosóficas y antropológicas están parados sus interlocutores: no todo se resuelve citando investigaciones científicas, o arguyendo que los estudios que respaldan la propia posición están “más actualizados” o “metodológicamente mejor logrados” que los de la contraparte. Ello, porque, en último término, es desde las distintas visiones filosóficas y antropológicas, y no solo ni principalmente desde las ciencias exactas, de donde se siguen los distintos criterios de moralidad y florecimiento humano.

Llegado a este punto, casi<sup>23</sup> del todo eludido por la deliberación pública chilena, no podemos sino plegarnos a la pregunta que se hace Bérénice Levet: “¿qué filosofía oponer al Género?”<sup>24</sup>. Excede las posibilidades de este trabajo ensayar una respuesta, pero el solo hecho de dejarla formulada nos parece valioso.

Finalmente, hemos de precisar que estas líneas no son *solamente* un llamado a “explicitar premisas

de lado y lado”. No es, por así decirlo, un ensayo política o moralmente “neutral”. Justamente, porque tomamos profunda distancia del modo en que la academia *queer* y su activismo comprenden la realidad y a la persona humana, creemos que su posición ha de ser tomada en serio. Primero, porque vemos en ello un acto de respeto por el esfuerzo intelectual de sus voceros; y segundo, porque solo de este modo la empresa de cuestionar dicha posición resultará eficaz. En otras palabras, porque sostenemos que las personas diagnosticadas<sup>25</sup> con disforia de género, en especial los niños y adolescentes, no encontrarán en la género-afirmatividad un camino para su plenitud, sino un perjuicio<sup>26</sup>. Creemos que nuestras propuestas deben ser serias si pretenden erigirse como alternativas viables frente al abordaje hegemónico del problema.

En ese sentido, estas líneas están movidas por la esperanza de que es posible elevar los estándares de seriedad y honestidad de nuestra conversación. No por escrupulosas pretensiones de academicismo, sino con el fin de que pensemos, *en serio y juntos*, mejores maneras de contribuir a hacer más amable la vida de otros. Se trata, ni más ni menos, que de una exigencia de esa misma “ética de la deliberación pública” que inspira el título de esta revista.

23 Mención especial, por su esfuerzo en esta dirección, merece el informe *La cuestión trans: análisis integral y crítico de la disforia de género y sus tratamientos* (Comunidad y Justicia, 2024).

24 Levet, Bérénice. *Teoría de Género o el mundo soñado de los ángeles*. Prólogo a la edición chilena de Gabriela Caviedes y Manfred Svensson (Santiago: Instituto de Estudios de la Sociedad, 2018), p. 153.

25 Decimos “personas *diagnosticadas* con disforia de género” y no simplemente “personas con disforia de género”, porque hay serios motivos para pensar que muchos diagnósticos de este tipo son ofrecidos a los pacientes con una celeridad injustificada. Quizás la principal exponente de la tesis de un “sobrediagnóstico” de disforia de género sea la doctora Lissa Littman, conocida por acuñar el término “disforia de género de inicio rápido” (ROGD, por sus siglas en inglés). Sus investigaciones, que cobraron prestigio internacional a partir de 2018, se centran en la multiplicidad de fenómenos que suelen quedar subsumidos bajo el “paraguas” de la disforia de género.

26 Sobre los perjuicios físicos y psicológicos que puede generar la terapia afirmativa, véase, por ejemplo: Raveau, Nicolás. *Problemáticas de salud y acompañamiento social “género-afirmativo” orientado a menores de edad: conceptos, prácticas y alternativas* (2024); y Rodríguez, Cristián. *El Informe Cass y los tratamientos de disforia de género* (Revista Suroeste, 2024).